

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

Asuntos del día

El atentado de que fué objeto Maura en la estación de Francia provocó las iras de todos sus parientes y amigos y la protesta de todos aquellos que han recibido ó esperan recibir favores del político más funesto que ha tenido España durante el último cuarto de siglo.

Se ha dicho que el atentado produjo indignación general, y en la sesión de homenaje que se tributó á Maura en el Congreso sólo tomaron parte los diputados que se representan á sí mismos, pues ni siquiera los conocen en sus distritos y los que triunfaron con el apoyo del gobierno ó con la fuerza del dinero: los que representan un estado más ó menos grande de opinión no tomaron parte en el homenaje.

Nosotros hemos preguntado á algunos compañeros que trabajan en grandes fábricas y talleres respecto á la indignación que ha producido el atentado, y todos nos han contestado lo mismo: «en nuestro taller nadie se ha indignado».

En cambio sabemos el mal efecto que ha producido en el partido radical la protesta del Ayuntamiento de Barcelona, cuya mayoría es lerrouxista.

Las sociedades obreras han iniciado una campaña para contrarrestar los efectos de la que están llevando á cabo los reaccionarios.

•••
A tal grado llegó el terror de las autoridades ante el temor de que se conmemorara el 26 de julio con otra huelga general, que si tal cosa se hubiera intentado se hubiera llevado á cabo con suma facilidad, pues dado el pánico que el gobierno había extendido por todas partes, el paro se habría efectuado con asombrosa rapidez, á pesar de las grandes cuanto ineficaces amenazas lanzadas desde las altas esferas gubernamentales.

La huelga general se hará, á pesar de los compromisos que Lerroux contraiga con el gobierno, siempre que el proletariado quiera, pues nuestras fuerzas son cada vez más potentes, mientras que las de los gobiernos se van debilitando á medida que nuestra propaganda va penetrando hasta en los lugares donde se forja el rayo que ejecuta las órdenes autoritarias.

•••
La huelga de Bilbao está adquiriendo inu-

sitadas proporciones, y el gobierno de Canalejas, poniendo en evidencia su mentido liberalismo, no ha adoptado más medidas que aquellas que se le hubieran ocurrido al zar de Rusia: enviar tropas.

Cuando los mineros vizcaínos, que son inicuamente explotados en el trabajo, y después del trabajo en las cantinas y casas en que viven que más ó menos directamente pertenecen á las compañías mineras ó á sus accionistas; cuando estos mineros, decimos, llegan á la huelga después de haber agotado todos los medios para conseguir algo de justicia, no se le ocurre á Canalejas otra cosa que acumular pertrechos de guerra en la región minera, para que los insaciables explotadores vizcaínos puedan digerir tranquilamente el fruto de sus rapiñas.

Y hace esto mientras que en San Sebastián, á los postres de un banquete, se expresa de esta manera:

«Dirige algunas alusiones muy sentidas á las mujeres de los huelguistas y dice que no son los trabajadores los únicos causantes del actual estado de cosas en algunas provincias del Norte.

Les excita á que confíen en el corazón del Gobierno, que prepara reformas sociales que se implantarán en la legislación y en las que no se consentirán ciertas codicias punibles de los patronos.

Tened confianza—dice—en nosotros, que no somos informales, que tenemos conciencia honrada y sólo procuramos el bien de la nación.»

Si cree punibles las codicias de los patronos; si sabe que no son los obreros los únicos causantes del estado actual de cosas, ¿por qué no obra liberalmente mandando á Bilbao más espíritu de justicia y menos espíritu de fuerza? ¿Acaso ha olvidado que el general Zapino, en circunstancias parecidas, reconoció que las peticiones de los mineros eran tan justas que á ellas no podían negarse los patronos sino apoyados en la fuerza?

Por eso dicho general ordenó que se retiraran las fuerzas; para que el ejército no apoyara la injusticia social que con nuestros compañeros mineros se comete.

Y siendo España el país de los precedentes, ¿por qué Canalejas no se atiene á la conducta entonces observada?

El amor al pueblo que Canalejas dice profesar, es parecido al cariño de dos amantes reñidos, en que el más fuerte abraza al más débil con tal fuerza que le estrangula.

Precisamente porque sabemos que un *mo-llín* puede hacerse en un día y cambiar de gobierno, y que una *Revolución* necesita tres ó cuatro años de tormenta revolucionaria para llegar á un resultado tangible, á un cambio serio, durable, en la distribución de las *fuerzas económicas* de una nación: precisamente por eso decimos á los trabajadores;

Las primeras insurrecciones de una Revolución no pueden tener más objeto que perturbar la máquina del gobierno, detenerla, romperla. Y es necesario obrar así para hacer posible los desarrollos sucesivos de la Revolución.

Considérese la *Commune* de París: Varlin, el amigo de los bakounistas de entonces, hizo perfectamente acudiendo al primer rumor de la insurrección del 18 de marzo, con los amigos de su batallón, al Hotel de Ville. Los revolucionarios de París hicieron muy bien en lanzarse á aquel movimiento, aun cuando la gran masa de los que empujaban el fusil no tenían conciencia del carácter comunista que podía tomar el movimiento republicano comunista que iniciaban para asegurar la independencia de París.

Sentían que debían unirse á ese movimiento. El pueblo estaba en la calle amotinado contra Thiers, Ferry y toda la pandilla de burgueses oportunistas, y consideraron como imperioso deber unirse al pueblo para participar en su obra de *demolición*.

En lo que cometieron una falta fué, no en dejar que se constituyera un gobierno de la *Commune*, lo que no pudieron evitar, porque los revolucionarios no están jamás en mayoría, sino en dejarse llevar al poder, en dejarse encerrar en un gobierno con un montón de burgueses hostiles á la revolución popular. Su deber consistía en permanecer en la calle, en sus barrios, con el pueblo; en pensar con el pueblo en su alimentación, en su manera de procurarse recursos de subsistencia, en la defensa de la población, en *continuar siendo pueblo*, en vivir con los pobres; en participar de sus cuestiones, de sus intereses, y en *reconstruir con ellos la vida social*, evidentemente *contra* el gobierno, que representaba la burguesía jacobina, robespierrista, anticomunista.

Es posible y aun probable que, invadida una tercera parte de Francia por los prusianos inmediatamente después de una guerra desastrosa, la *Commune* hubiera sido vencida. Tal es el terrible inconveniente de todo movimiento revolucionario comenzado después de una guerra desgraciada; inconveniente que no se hubiera presentado si los revolucionarios de 1869 hubieran comenzado el movimiento antes de la declaración de guerra. Toda revolución que estalle después de una guerra desastrosa tendrá siempre todas las probabilidades de ser vencida.

Pero, aun vencida, la *Commune* hubiera legado á la posteridad la revolución comunista, además de la revolución comunista ó cantonalista.

En todo caso, si fuera necesario esperar que la insurrección comenzara por una revolución comunista, habría que renunciar á la posibilidad de una Revolución, porque para ello habría necesidad de que la mayoría se pusiera de acuerdo para la realización de un cambio comunista.

He aquí por qué los arribistas intelectuales y obreros predicaban contra las insurrecciones locales: saben que las primeras insurrecciones trastornarían al gobierno, pero saben también que llegado el caso, el pueblo sale á la calle, es decir, los proletarios («indisciplinados» que impulsan á la igualdad «de hecho.» Y si las insurrecciones se hacen en masa en una nación, las ideas comunistas se precisarían necesariamente durante la tormenta por la enseñanza de los hechos reales; y si la Revolución dura, esas mismas ideas acabarían por imponerse.

Pero precisamente eso es lo que los tales arribistas no quieren: basta con pequeñas mejoras, con algunas concesiones de los explotadores.—«¡Ya veremos después!»—dicen.

¡Pues no! Aunque los revolucionarios perezcan en las primeras insurrecciones populares, su deber consiste en no permanecer indiferentes. Si ansian con amor y convicción el fin, el objetivo de la Revolución, estarán con el pueblo en el terreno: en provincias con las insurrecciones de los trabajadores del campo; en las ciudades con las de los trabajadores de la industria.

Unicamente después de haber trastornado y debilitado el gobierno del Estado y sus cimientos morales comenzarán á extenderse y precisarse en las masas las ideas anárquico-comunistas. Unicamente entonces, apartados ó inutilizados los primeros obstáculos, la vida presenta los grandes problemas de la igualdad económica; entonces, y únicamente entonces, excitados los ánimos por los acon-

tecimientos, se lanzan á la destrucción de las viejas formas y á la construcción de las nuevas relaciones. Entonces, y jamás en condiciones diferentes, la Anarquía y el Comunismo se impondrán como soluciones inevitables.

Entonces comenzará la Revolución que representa nuestras aspiraciones, la que responde más ó menos á nuestro anhelo.

¡No perdámos, pues, las ocasiones que nos ofrece el pueblo de preparar esta Revolución y de llevarla á término feliz! ¡Basta ya de adormideras!

PEDRO KROPOTKINE

Londres, 20 de julio 1910.



Manuel Posa Roca

Autor de las lesiones producidas á Maura

Campaña humanitaria

Al objeto de que no quede abandonado respecto á los medios de defensa y subsistencia á que todos los hombres tienen derecho, sea cualquiera la situación en que se encuentren, se han puesto de acuerdo delegados de la Federación Solidaridad Obrera, Comisión Pro presos, sociedades obreras y periódicos *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*, para gestionar la manera de facilitar al compañero Manuel Posa Roca, procesado por el atentado contra Maura, los medios de defensa que le sean precisos.

A tal objeto, ayer se habrá celebrado una reunión de delegados para contrarrestar la campaña que los elementos reaccionarios y la prensa mal llamada liberal están realizando, diciendo, sin motivo fundado, que el acto ha producido indignación general, pues la clase obrera, bastante numerosa por cierto, no ha protestado.

Oponer á la acción popular reaccionaria la acción popular liberal, la que exigiría á Maura la responsabilidad que le pueda caber por la guerra del Rif, los sucesos de julio y hechos subsiguientes, y abrir una suscripción popular en favor del obrero Posa.

A favor del compañero Posa, hemos recibido las siguientes cantidades:

Uno que no protesta, 0'30 pta.: Un futurista, 0'30; Un rebelde, 0'30; Jako Gorki, 0'30; Un compañero, 0'30; Un amigo de Posa, 0'30.—Total, 1'80, que entregaremos al Ateneo Sindicalista.

A LA "JOVEN ESPAÑA"

Unos jóvenes, «que aspiran á fortalecer su conciencia individual y á contribuir á la formación de la conciencia hispana», se han asociado para realizar su aspiración.

Su Comité central ejecutivo, en reciente manifiesto, invita á que se agreguen «á su cohorte naciente» cuantos «hayan sentido la pesadumbre de la ignominia patria sobre los hombros, y la fuerza alada de una ilusión dentro del pecho: los que hayan escuchado el imperativo del deber cívico ó acaso la voz desalentada de un pesimismo prematuro...»

Fundan esos jóvenes la necesidad de su Asociación y la justicia de su objetivo en «la triste certidumbre de que el ambiente espiritual de España, junto con su estado social, no permiten el entero desenvolvimiento de la personalidad humana», y en que «la desentrañada concupiscencia del actual régimen económico levanta entre pobres y ricos eminente valladar.»

Con alegría y creciente entusiasmo iba yo leyendo la prosa grandilocuente y lógica á la

Insurrecciones y Revolución

Se necesitan insurrecciones locales. Se necesitan en gran número. Hasta es necesario que se creen ciudades y regiones agrícolas que tengan la tradición de las insurrecciones, para que un día sea posible una Revolución. Hasta cuando una Revolución ha comenzado, como sucedió en Rusia en 1905, es necesario que continúe la serie de insurrecciones en las ciudades y sobre todo el *levantamiento de campesinos* en grandes extensiones de territorio, para que la Revolución tenga el tiempo y la posibilidad de desarrollarse.

Ahí está la historia, toda la historia, para probarlo. Y si los directores del movimiento obrero actual—intelectuales y arribistas obreros,—dicen lo contrario, es porque *no quieren la Revolución. La temen*. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1789 detestaban á los hombres armados con picas.

Pero sin esas insurrecciones, sin toda una serie de insurrecciones, jamás sería posible la Revolución.

Se comprende: para que haya Revolución es necesario que se haya desarrollado en las masas el descontento, el deseo de acabar con la opresión; que se haya extendido en amplias capas del pueblo trabajador, de aquellas de donde generalmente viene la acción revolucionaria. Cuando esos sentimientos existen y son capaces de traducirse por actos, los motines locales son inevitables.

Y no se diga que son inútiles: no ha habido jamás insurrección *inútil*. La última insurrección de Barcelona suministra una prueba más, unida á las numerosas que ofrece la historia. Se necesitó que el furor anticlerical se tradujera por actos de violencia, se necesitó la indignación europea contra la ejecución de nuestro amigo Ferrer para que los gobernantes españoles hicieran algún tímido ademán para sacudir el yugo de Roma.

Cuando los arribistas políticos, burgueses y obreros, hablan contra las insurrecciones populares, se pretexta de que son *inconscientes*, débese á que nada les repugna tanto como *el pueblo en la calle*.

La monarquía, la comedia ritual, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el fusilamiento de huelguistas, los furores del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 á 1830, del terror azul después de la *Commune*, ó del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado trezcas en cuanto han visto en la calle los andrajos del hombre con la pica de 1789, la bandera roja de la insurrección proletaria, la hoz atada á la punta de un palo y las caras lívidas de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Para retener á los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, jesuítica y traidora: «¡No hagáis movimientos inconscientes!» con la cual conducen á los proletarios alemanes y tratan actualmente de conducir á los proletarios revolucionarios de los países latinos.

¿Quién más que nosotros ha contribuido esparcir entre los trabajadores la conciencia clara y reflexiva del fin comunista anarquista que ha de alcanzarse? ¿Quién más que la fracción anarquista de La Internacional, desde Bakounine, ha trabajado para suscitar en la clase obrera, no sólo la conciencia del fin ansiado, sino también las razones históricas, económicas y de otro género para que tal fin pueda alcanzarse? ¿Quién más que nosotros ha insistido sobre el hecho de que la burguesía dominará siempre hasta que el obrero sepa lo que quiere obtener de la Revolución?

Mas, precisamente porque conocemos nuestro fin, y porque sabemos que no podemos alcanzarle en un día;